

EL SACERDOTE COMO PROBLEMA

(continuación de la página 2.)

fluye con todo su peso sobre las decisiones del poder político, o, dada la ocasión, es utilizada por éste. Si atribuyen una importancia semejante a los títulos y las precedencias en el interior de la Iglesia, si les gusta tanto la pompa de las ceremonias religiosas, el brillo de los ornamentos sacerdotales, es sin duda porque el mundo ya no les reconoce ninguna función social; entonces tratan de reencontrar estas funciones en el interior de la sociedad-Iglesia, se representan una comedia unos a otros. Su actitud tiene quizá otra explicación también: «Los célibes virtuosos —escribe el P. Englebert— tienen algunas veces necesidad de compensaciones temporales. La vanidad se las proporciona.»

Para estos hombres, el sacerdote debe permanecer aparte, por su vestido, por sus maneras, por su lenguaje, por su vivienda. Echan de menos el tiempo en que el rebaño de las ovejas laicas estaba apiñado en torno a su pastor, a su cabeza. Si desean que la Iglesia domine al mundo, que, utilizando el «brazo secular» del poder político, le imponga su ley, no es generalmente por orgullo o espíritu de dominación. Es porque temen al mundo.

Para la otra mentalidad sacerdotal, el orden no puede ser sino el fruto de la justicia. Las

precedencias y los títulos tienen menos importancia que la vida en equipo, el diálogo y la puesta entre interrogantes. Los sacerdotes de este estilo son tal vez más difíciles de «gobernar». No es la obediencia lo que rechazan; es la obediencia ciega o la obediencia en la injusticia. No problematizan solamente los métodos pastorales, sus superiores o, más generalmente, a «los otros». Se problematizan a sí mismos, en relación con su misión. Con frecuencia se señalan por una mayor indulgencia para las faltas de los otros que para las suyas propias.

Finalmente, estos sacerdotes tienen una conciencia aguda de su misión. Al repliegue de la comunidad cristiana sobre sí misma oponen la apertura, el estallido. No temen demasiado el riesgo de «perdersse en el mundo», porque tienen confianza en la gracia de Dios, actuando a través de toda la humanidad. Y esto repercute evidentemente sobre su vida espiritual, así como sobre toda su actuación.

Esta problemática sacerdotal quedó bien definida en el Concilio Vaticano II, en su Decreto sobre la vida y ministerio de los sacerdotes: «La vida de los presbíteros no se disocia como en dos partes: una, dedicada al culto; otra, al pueblo fiel y al apostolado. Pues la acción litúrgica y la acción apostólica no son sino dos aspectos de una sola obra de Cristo por la Iglesia y por la salud del mundo.»

Lo difícil es el equilibrio.



ENCUENTRO DE JESUS CON SU SANTISIMA MADRE